

¿Qué es la etnografía? Debates contemporáneos  
Arraigamientos, operaciones y experiencias del trabajo de campo

Daniel Cefai\*

Primera parte

In Persona y sociedad, 2013, XXVII, 1, pp. 101-119

Las definiciones siempre son parciales y decepcionantes. Reenvían de inmediato a contraejemplos, rectificaciones y alternativas. Sin embargo, permiten abrir un campo de comprensión y proponen un denominador común más pequeño sobre la base del cual se hace posible discutir. Las definiciones de la etnografía no escapan a esta regla (Atkinson, Coffey, Delamont, Lofland, S., Lofland, J., 2001). Por etnografía entenderemos aquí un proceso investigativo que se sustenta en una observación prolongada, continua o fraccionada, de situaciones, en espacios públicos, organizaciones o comunidades, que implica manejar con habilidad el acceso al (a los) terreno(s) (lograr la aceptación, ganar confianza, encontrar el lugar propio, saber salir y despedirse...), la toma de notas lo más densa y precisa posible (implicando muchas veces la grabación en audio o video de actividades in situ) y un trabajo de análisis arraigado (grounded)<sup>1</sup> en esta experiencia de trabajo de campo.

La característica principal de la etnografía, en comparación con otros métodos de trabajo de campo,<sup>2</sup> es la implicación directa, en primera persona,

---

\* Daniel Cefai es *Directeur d'Etudes* en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*, París e investigador en el *Institut Marcel Mauss-Centre d'études des mouvements sociaux*, EHESS-París. Sus ámbitos de investigación son la sociología de las movilizaciones colectivas y los problemas públicos, los métodos de investigación en terreno y la historia de las ciencias sociales en Estados Unidos, en particular, en Chicago. Ha publicado recientemente *L'Urgence sociale en action. Ethnographie du Samusocial de Paris*, París La Découverte, 2011 (avec Edouard Gardella) y coeditado *L'Engagement ethnographique*, París, Éditions de l'EHESS, 2010, *Du civil au politique. Ethnographies du vivre-ensemble*, Bruselas, Peter Lang, 2011 (con Mathieu Berger y Carole Gayet-Viaud), *L'Expérience des problèmes publics*, París, Editions de l'EHESS, 2012 (con Cédric Terzi) y *Goffman et l'ordre de l'interaction*, París, PUF/CURAPP-CEMS, 2013 (con Laurent Perreau).

Traducción de Consuelo Biskupovic con la ayuda de Fabien Le Bonniec, a quienes el autor agradece profundamente, así como también a los dos evaluadores anónimos de *Persona y sociedad*. Muchos de los puntos discutidos en este artículo remiten a dos libros del autor: *L'Enquête de terrain* (2003) y *L'Engagement ethnographique* (2010).

<sup>1</sup> Aunque generalmente en el mundo iberoamericano se ha usado la traducción de 'teoría fundamentada' para referirse a la grounded theory (GT), nos parece que el término 'arraigamiento' es más preciso. (N. del T.)

<sup>2</sup> Hemos traducido *enquête* como 'trabajo de campo' puesto que las ciencias sociales y las disciplinas afines no están familiarizadas, en lengua castellana, con la idea de 'encuesta', en tanto que investigación cualitativa, en terreno, sino que más bien con encuesta en términos estadísticos, encuesta de mercado o de opinión. (N. del T.)

del investigador, sea este sociólogo, antropólogo, cientista político o geógrafo... Este observa, con sus propios ojos, escucha con sus propios oídos. Puede hacerlo en tanto que simple testigo o bien participando en las actividades o en los eventos que se desarrollan en su presencia. Esta observación puede ser continua: B. Malinowski pasó tres años, entre 1914 y 1917, en las islas Trobriand para escribir los *Argonauts of the Western Pacific* (Malinowski, 1922); W. F. Whyte pasó dos años, entre 1938 y 1940, compartiendo con gangs en un barrio ítalo-americano de Boston antes de escribir *Street Corner Society* (Whyte, 1955). Pero esta observación puede realizarse de manera interrumpida: cuando uno trabaja en una organización no gubernamental, en un hospital o en una administración, se queda allí solamente un par de horas al día, algunos días al mes. Esta manera fragmentada de participar tiene, a pesar de todo, sus ventajas: la ida y venida permiten realizar un doble movimiento de compromiso y de distanciamiento, así como de alternar puntos de vista desde dentro y desde fuera. Sin embargo, se está ahí para adquirir una experiencia propia de las situaciones.

Hay que ir entonces al lugar, quedarse ahí, hacer terreno en persona, in situ e in vivo, sumergirse en espacios de interconocimiento, en organizaciones o comunidades de vida o de acción. Hay que aprender idiomas nativos (locales), algunas veces extranjeros, pero también lenguajes esotéricos en su propia lengua, aquellos de un grupo profesional o de una congregación religiosa, de un cuerpo de expertos o de una comunidad étnica. Finalmente, también hay que iniciarse en espacios de interacciones que tienen sus gramáticas propias, sus rituales y sus convenciones, y de los cuales el etnógrafo será excluido si no logra manejarlos. De manera más general, hablando como Wittgenstein, es necesario familiarizarse con formas de vida y juegos de lenguaje. El etnógrafo no puede quedarse fuera de los mundos de sus encuestados:<sup>3</sup> tiene que impregnarse de estos para aprehenderlos y comprenderlos. Tiene que desarrollar capacidades específicas respecto de su interactuar y conversar, observar y escuchar, tomar notas que retranscribirá después, en un cuaderno de campo o por medio de una cámara y/o grabadora. Y no debe ni separar la descripción del análisis en el texto final, ni aplicar una teoría externa a un conjunto de datos, sino generar categorías y análisis que estén fundados en la experiencia de terreno. Saber-hacer, saber-ver y saber-decir: más que una metodología general, la investigación etnográfica pone en práctica trucos del oficio (Becker, 1988). Se inclina más generalmente hacia el lado de la artesanía, en el sentido de que las competencias que activa son las de un saber encarnado, práctico y tácito, que se aprende más por el ejemplo que por el lado de la encuesta administrada, según un modo burocrático-industrial.

---

<sup>3</sup> A falta de un término equivalente en castellano de los problemas epistemológicos que presentan términos como 'informante' o 'personas investigadas', y dado lo limitado del término 'entrevistado', hemos preferido conservar la traducción literal de enquêtés ('encuestados') en referencia a los actores comprendidos en el estudio, a las personas con las que el etnógrafo interactúa, a quienes entrevista, observa o consulta, con quienes traba lazos de amistad y con quienes también se puede ver involucrado en situaciones de tensión o de desacuerdo. (N. del T.)

### Cuali-cuanti: una falsa oposición

La etnografía se distingue de la encuesta por sondeo (survey research), la que desde los años 40 hasta los 60 parecía ser el modelo de investigación principal en ciencias sociales y políticas, en los puntos que expone la siguiente tabla

Tabla N° 1

Encuestas y sondeos vs. Investigación etnográfica

Encuestas y sondeos	Investigación etnográfica
Cuestionario con preguntas cerradas fijado por el investigador después de realizar una investigación exploratoria: el registro de respuestas interesantes está dado de antemano.	Protocolo mínimo de investigación: el etnógrafo está, a lo sumo, armado de conceptos de sensibilización y de conjeturas abiertas y a menudo imprecisas.
La encuesta es concebida como un dispositivo de confirmación o de invalidación de hipótesis, derivadas de una axiomática o de encuestas anteriores.	La intuición y lo fortuito tienen un lugar importante: la sorpresa y el asombro de los encuentros y eventos guían al etnógrafo en su elección de objetos.
Formalización de hipótesis; producción de categorías unívocas; reducción de estas categorías a índices medibles; concepción cuantitativa de los datos.	Observación/participación sin mediación formal; implicación de la experiencia corporal; descripción en lenguaje natural; restitución de las paradojas y las ambigüedades.
Entrevista estandarizada, guiada por un formulario previo; sin implicación personal del investigador; respuestas simples de los encuestados, fácilmente codificables.	Entrevistas etnográficas cercanas a una conversación informal; asociaciones libres y razonamientos comunes de los encuestados; ‘atención flotante’ y arraigo en el terreno.
El ideal explicativo es la construcción de un modelo en el cual un conjunto de relaciones de causas con consecuencias son demostradas por correlaciones estadísticas entre variables.	La explicación ecológica, económica, institucional está envuelta en la comprensión cualitativa de contextos de experiencia y de actividad.
Enfoque hipotético-deductivo; muestras representativas/aleatorias; resultados con baja densidad semántica, pero con una fuerte pretensión generalizadora.	Inducción analítica o grounded theory; análisis de situaciones y estudios de casos; ejemplaridad de descripciones de caso, únicos y comparables
Gestión burocrática o industrial de la investigación:	Trabajo de la experiencia, más artesanal o artístico –aunque con

división jerárquica del trabajo entre diseñadores, recolectores, codificadores, analistas e intérpretes.	posibilidad de colaboración en equipo y de formalización de algunos protocolos.
--	---

El trabajo de campo parece entonces obedecer a una epistemología distinta de aquella, positivista, de las '4 R' que J. Katz describía como: reactivity (la reacción del encuestado frente al investigador está pensada en términos de estímulo y respuesta), reliability (la fiabilidad de los datos depende de la estandarización de los métodos de encuesta), replicability (la reproductibilidad de las observaciones depende de la estabilidad de las condiciones de investigación), representativeness (la representatividad está asegurada por la constitución de un muestreo cuantitativo de una población) (Katz, 1983). Podríamos anotar las siguientes diferencias con la etnografía: a) la relación entre investigador y encuestado no es de tipo behaviorista, sino que implica intercambios e interacciones mucho más complejos; b) los métodos de colecta, control y verificación de los datos no están necesariamente estandarizados; c) las experiencias son pocas veces repetibles y no pueden ser examinadas excluyendo todos los demás factores, como cuando se aísla y se someten a prueba variables en un laboratorio; d) por último, cuando el etnógrafo no se contenta con describir una situación única o excepcional, la cuestión de la representatividad se desplaza de la del conteo de propiedades cuantificables hacia la del reconocimiento de características típicas.

No es entonces completamente pertinente aplicar a la etnografía los criterios que han sido elaborados por las ciencias naturales y que rigen las investigaciones experimentales o estadísticas. Si es útil recurrir, cuando es posible, a procedimientos de investigación congruentes, para poder comparar, *ceteris paribus sic stantibus*, diferentes situaciones en el espacio y en el tiempo, hay que aceptar también que otros modos de conocimiento, menos formalizables, son posibles.

Sin embargo, no se pueden fijar oposiciones irreconciliables entre ciencia cualitativa y ciencia cuantitativa, tomando partido por una mientras se desacredita la otra. Primero, porque históricamente la frontera no ha sido zanjada: la mayoría de las etnografías recurre a conteos y modelizaciones, en la medida en que estos contribuyen a la descripción y al análisis. Dos momentos de la edad de oro del trabajo de campo, la sociología de Chicago en los años 1920, en torno a R. E. Park (Bulmer, 1984; Chapoulie, 2001) y la antropología en el Rhodes Livingstone Institute en los años 1940, en torno a M. Gluckman (Werbner, 1984; Schumaker, 2001), se caracterizan por programas de investigación colectiva fuertemente respaldados por un trabajo de cartografía y de estadística. Chicago fue cifrado y mapeado, y las encuestas sobre las comunidades étnicas o criminales fueron articuladas con una modelización ecológica de la ciudad, mientras que los trabajos de campo sobre las migraciones hacia la ciudad en Rhodesia contemplaron una práctica intensiva del cuestionario y fundaron los primeros análisis de redes (Hannerz, 1980).

Además, la determinación de casos pertinentes para investigar puede también recurrir a criterios de tipo estadístico, ya sea azarosamente en las peregrinaciones en terreno (la ocasión se presenta gracias a la mediación de

relaciones) o fundada en la experiencia previa de la unicidad o de la singularidad de un tema de investigación (la elección de Bronzeville [Drake & Cayton, 1945] a la vez como un barrio del Southside de Chicago, lugar de acogida de migrantes del Sur, laboratorio de constitución de un mundo específico y ejemplo de gueto negro urbano). El argumento de la representatividad estadística no es incompatible con la investigación etnográfica: incluso ha sido defendido en la elección de los lugares de encuesta de un determinado número de estudios de comunidad (community studies) (Vidich & Bensman, 1964) en ‘ciudades medias’ en Estados Unidos, de Middletown des Lynd hasta Yankee City de W. L. Warner (Lynd, 1929; Warner et al., 1963).

Por último, si los criterios de validez no son los mismos en una encuesta por sondeo y en una investigación etnográfica, los cánones de rigor científico son los mismos y los objetivos de explicación comprensiva pueden coincidir. Sin duda, la reducción de la investigación a algunas variables medibles que interactúan entre sí no es comparable con la producción de una descripción densa de actividades y experiencias; los etnógrafos no pueden mantenerse aislados de sus ‘datos’ al momento de coleccionarlos y analizarlos, a diferencia de los estadistas que no tienen otros datos que aquellos que han proyectado tener. La lógica del descubrimiento y la administración de la prueba son por naturaleza muy distintas (Becker, 1996). Pero nada permite descalificar una en el nombre de la otra, ya que se sitúan en puntos distintos (Desrosières, 1993). Autores como H. S. Becker, B. Geer, E. C. Hughes y A. Strauss no han dudado en recurrir, junto con el uso de la observación y la entrevista (Becker, 1970; Becker & Geer, 1957), a métodos estadísticos, como hicieron en la investigación sobre la escuela de medicina de Kansas City (Hughes, Becker, Geer, & Strauss, 1961) –una práctica generalizada en la sociología de Chicago en esta época. Y cada vez que puede, el etnógrafo inventa procedimientos de medida y de control de sus datos (Pénéff, 1995). Hay entonces que protegerse aquí de todo maniqueísmo.

### **Una experiencia encarnada y reflexiva**

El principal médium de la investigación etnográfica es la experiencia encarnada del investigador (Cefaï, 2003; Cefaï, 2006). El cuerpo, su capacidad motora y sus cinco sentidos son las principales herramientas del investigador, aunque el término ‘herramienta’ no sea el más adecuado; en realidad son nuestros órganos de exploración y de comprensión del mundo social. Mientras que en otras formas de investigación la experiencia corporal es un sesgo que obstaculiza la producción de un saber objetivo e imparcial, para la etnografía la experiencia corporal es el médium ineludible de las actividades de observación, conversación, grabación y descripción. Si no estuviéramos dotados de un cuerpo afectado por las situaciones, de un cuerpo armado de creencias personales, de esquemas de experiencia y de rutinas de acción que se deja sorprender por encuentros y eventos, la etnografía no tendría sentido. El cuerpo afectivo, el cuerpo sensible, el cuerpo móvil y el cuerpo-cara (face) son los distintos vectores de una experiencia que después será convertida en saber etnográfico, tanto en relación con el saber que adquiere el etnógrafo gracias al trabajo de campo, como a las competencias del mismo.

Este cuerpo está expuesto a situaciones que lo conmueven y lo ‘tocan’, que a veces lo hechizan, traumatizan o enferman, y otras lo alegran, lo exaltan o lo asustan, pero que en ningún caso lo dejan indiferente: el miedo, el enojo, la vergüenza, la alegría, el entusiasmo o la esperanza no son emociones que habría que censurar sistemáticamente por ser portadoras de sesgos. Las emociones participan de la cognición –son maneras de conocer las situaciones antes de una lógica de la representación. Y, por simpatía, permiten captar los móviles de acción que animan a los miembros de un movimiento social –la fe en Dios, el odio del enemigo, el deseo de venganza, el amor por la patria... A veces, la experiencia de estar-afectado (Favret, 1990) impide entender de inmediato lo que está pasando, y es solo posteriormente, una vez alejado de su terreno, que el etnógrafo, vuelto analista de sus notas y de sus recuerdos, logra producir un análisis.

Este cuerpo es finito y situado: ocupa lugares, tiene perspectivas, comprende lo que pasa desde un aquí y un ahora. Está comprometido en interacciones verbales y no-verbales. Es el lugar de constitución de experiencias: J. Roth (1963), aquejado de tuberculosis, describe la experiencia del hospital, B. Jules-Rosette (1975) vive transe de posesión en la iglesia de John Maranke –o, simplemente, un investigador que participa de la vida de una asociación, de una empresa o de una administración adquiere competencias, saberes y habilidades específicos. La etnografía es un cuerpo a cuerpo –ya sea para seguir a los inmigrantes ilegales en sus recorridos de combatiente (Chauvin, 2010), para incorporar las disposiciones del boxeador (Wacquant, 2004), de la sopladora de cristal (O’Connor, 2005) o del obrero de la construcción (Jounin, 2009), para entender los sentimientos morales que están en juego en la urgencia social de los sin techo (Cefai & Gardella, 2011), para dejarse llevar frente al enojo del automovilista en los atochamientos de Los Angeles (Katz, 1999).

El cuerpo es también el órgano de la presentación de sí mismo en público, un cuerpo portador de una panoplia de señales, que indica quién es quién, lleva indicios de estatus, expresa y provoca atracciones y repulsiones, induce actitudes de deferencia, de simpatía, de desprecio, de reconocimiento, según jerarquías cambiantes de acuerdo a las situaciones. Esto es cierto en el caso del cuerpo del investigador que tiene que ajustarse a los lugares de su investigación, a veces amoldándose, tomando usos locales, hasta ser capaz de cultivar el sentido de las bromas del lugar; y que a veces debe abstenerse de hacerse el camaleón cuando arriesga ser percibido como ridículo o suscitar desconfianza, pero debe poder controlar las reacciones que esto produce en los demás y considerarlos para saber dominar su propia conducta. Esto es entonces cierto en las reacciones del investigador frente a los cuerpos de los encuestados: ya sean cuerpos maltratados y desarreglados, malolientes y repugnantes de los sin techo, o bien, de cuerpos educados, con apariencias esnob y costumbres refinadas, con modos de hablar distinguidos o populares, con maneras muy parecidas o muy exóticas, el etnógrafo no debe expresar juicios, ni tampoco dejar entrever alguna sorpresa, ironía o asco, antipatía o xenofobia.

De esta manera, la experiencia etnográfica es altamente reflexiva, pero al mismo tiempo tiene que expresarse como si fuera ‘natural’. Es un largo ejercicio para aprender a deshacerse de prejuicios teóricos, ideológicos, políticos o religiosos, e intentar entender lo que está pasando en una

situación. Nunca se logra completamente tal objetivo; sin embargo, gracias a la reflexividad, se neutralizan los a priori que rigen la mirada y el oído, se ponen entre paréntesis ideas fuertes que han sido importadas desde referencias personales, se desconfía de las evidencias, de los clichés y estereotipos del sentido común y se controla un cierto número de caprichos, de fijaciones y obsesiones personales. Hay que intentar ‘ver las cosas como son’, lo que implica adoptar las distintas perspectivas que los encuestados tienen de sus actividades cotidianas o de las situaciones. Si la etnografía implica adoptar la actitud natural de algunos de los encuestados, requiere también cuestionarse sobre nuestras propias actividades, sobre las condiciones de posibilidad, las modalidades prácticas de su realización y las consecuencias que tienen para el investigador, sus informantes y sus entornos.

Esta reflexividad tiene numerosas dimensiones. No es siempre operante –el etnógrafo también vive de manera natural y toma las cosas como obvias–, pero la reflexividad aparece como una condición y una consecuencia de una buena etnografía. La reflexividad de la etnografía es biográfica: el investigador tiene que cuestionarse sobre las distorsiones que nacen de desajustes sociales frente a los encuestados, pero tiene que practicar también una especie de autoanálisis. Formas de experiencia de sí se han sedimentado a lo largo de su historia personal y pueden tener consecuencias en la etnografía: el etnógrafo recuerda algunas escenas traumáticas, supera ciertos bloqueos personales, relativiza sus propias creencias o se distancia de emociones avasalladoras. Puede hacer de esto una herramienta de investigación en la etnografía y de investigación sobre la etnografía. La reflexividad es práctica: encarnada en configuraciones práctico-sensibles de actividades e interacciones; permite que en el momento mismo, en un abrir y cerrar de ojos, el etnógrafo pueda rectificar la presentación de sí, reformular una pregunta o reajustar una expresión y asegurarse por lo tanto de tener un lugar en las interacciones de terreno. La reflexividad es táctica: remite a una especie de vigilancia que permite ubicaciones y desplazamientos adecuados, con el fin de encontrarse en el buen lugar en el buen momento, pero también optar por relaciones provechosas –gatekeepers, personas importantes o parias–, quienes abrirán puertas y otorgarán informaciones pertinentes, en función de las preguntas que nos hacemos. Por último, la reflexividad es analítica: el gestionar una distancia con sí mismo, tanto en relación a las creencias que han sedimentado en una trayectoria personal como en relación a las preferencias teóricas propias de la vida del investigador, permite imaginar alternativas de observación, de descripción, de interrogación y de análisis. Deja germinar en sí mismo esbozos de interrogación y los traduce en orientaciones de investigación y, recíprocamente, deja trabajar los materiales y los convierte en nuevas líneas de pensamiento.

### **Tres marcos de pertinencia**

Hay todo tipo de terrenos, los que requieren competencias distintas. Observar las circulaciones de usuarios en un hall de una estación bajo una mirada naturalista no es lo mismo que seguir los combates en un frente de guerra; participar en tanto que profesor de las actividades pedagógicas en una escuela es distinto a compartir durante varios meses la cotidianidad de un grupo de indígenas en el Amazonas. A pesar de todo, se puede decir que

el etnógrafo es al mismo tiempo una persona singular, un actor social y un investigador científico, lo que tiene consecuencias sobre la realización de su trabajo de campo.

Como persona singular, el etnógrafo se inscribe en una situación biográfica. Sus preocupaciones, sus gustos y disgustos, sus afinidades y repulsiones selectivas, sus convicciones, sus actitudes y sus opiniones están relacionadas con su trayectoria existencial. Cuando comienza el trabajo de campo, este no se deshace de sus relaciones familiares ni de sus compromisos cívicos, de sus herencias culturales o de sus pasiones intelectuales. Estos elementos que lo caracterizan son simultáneamente una vía de acceso y un obstáculo, pueden tanto impedir ver como posibilitar la comprensión, a condición de que participe la reflexividad que evocamos anteriormente. Por lo demás, el investigador tiene más o menos talento para entablar relaciones sociales, resolver problemas de sentido práctico o emitir juicios de sentido común –capacidades con las que no todos cuentan de igual forma. En el terreno, el etnógrafo debe resolver constantemente asuntos materiales, administrativos, logísticos o relativos a la autorización para la investigación, y asegurar las condiciones de su sobrevivencia y a veces las de su familia. Dicho de otra manera, el investigador sigue siendo un padre o una madre de familia, un vecino o un amante, habitado por prejuicios éticos, políticos o religiosos. Con frecuencia hace de su objeto de estudio un asunto personal, se implica a título personal en las historias que relata y se siente concernido por los usos posteriores que se hagan de su investigación.

Como actor social, el investigador es portador de cierto número de características sociales, ligadas a su edad, su género, su clase, su color de piel o su pertenencia comunitaria. En su hexis corporal, encarnada en los ‘pliegues de su cuerpo’ y sus ‘giros lingüísticos’, en sus costumbres indumentarias, capilares y vocales, lleva los signos de su estatuto social. Cuando existe una fuerte segregación sexual, racial, nacional o confesional, algunos terrenos pueden estar cerrados de antemano; otros se complican por el hecho de que para un hombre mayor será complicado frecuentar una banda de adolescentes o por el hecho de que un universitario de buena familia creará un contraste muy grande en medio de obreros o campesinos. En primer lugar, el etnógrafo es partícipe de redes de interacciones, de colectivos, de organizaciones e instituciones, corriendo el riesgo de ser percibido como un representante de estos –por ejemplo, habría sido difícil para un serbio hacer trabajo de campo en Bosnia en tiempos de guerra. Enseguida, este domina competencias prácticas en ciertos contextos de experiencia y de actividad en los que conoce las reglas, los juegos corporales y de lenguaje, las maneras de ver, de decir y de hacer, las tecnologías, las metodologías y las deontologías. Pero, de pronto, su experiencia en un medio social y cultural genera una desventaja en otros medios, pudiendo ser percibido como un intruso, extraño, poco confiable, y hasta peligroso. Para evitar llegar a ese punto, tiene que estar atento a que, en las interacciones, cree lazos de proximidad o distancia social sin darse cuenta, se acerque a personas que se le parecen o participe de situaciones que le den seguridad; y a que también su comprensión a veces lo desoriente cuando proyecta sin cuidado sus propias experiencias sociales en situaciones muy diferentes.



Como investigador científico, el etnógrafo contribuye al proceso de producción de un corpus de conocimientos. Se espera que mantenga un ideal de objetividad y de imparcialidad. Los marcos de pertinencia a los cuales se refiere y que moviliza ya no son aquellos que maneja en su mundo de vida (Lebenswelt), ni los que aprendió de los encuestados gracias a la observación participante. El investigador científico navega en ‘campos problemáticos’ que lo conducen a ver ciertas cosas y a ignorar otras, a focalizar su atención en algunos temas de investigación y de análisis, y a no pensar en preguntas que estén fuera de las controversias científicas del momento. Con frecuencia toma parte de un frente o de otro, endosa categorías y toma posición frente a argumentos; es identificado como el representante de una escuela –con polarizaciones, prescripciones y proscripciones que están fundadas tanto en posicionamientos metodológicos o teóricos como en pertenencias a laboratorios o redes de investigación. La investigación es una empresa colectiva y las maneras de hacer y de decir, incluso en el terreno, están en interacción constante con las de otros investigadores. Además, algunas limitaciones prácticas pesan en el oficio de investigador: tiene cuentas que rendir a autoridades tutelares o a instituciones que entregan fondos; debe respetar los formatos de publicación y convenciones de escritura, tiene una carrera que seguir, evitando los ‘pasos en falso’ institucionales; fue formateado de acuerdo a algunos criterios por profesores frente a los cuales siente que tiene un deber de lealtad, es más o menos sensible a las posiciones ‘políticamente correctas’... Está a la vez integrado en redes de relaciones académicas, más o menos recíprocas o jerarquizadas, y atrapado en horizontes de cuestionamiento, en los que puede permitirse una mayor o menor imaginación.

Por supuesto, esta tripartición resulta simplista, porque el investigador tiene una multiplicidad de modalidades y de intensidades de compromiso<sup>4</sup> en distintos tipos de situaciones. Pero permite al menos ver con mayor claridad las diferentes lógicas de identidad, de experiencia y de acción.

### **Hacerse un lugar en las interacciones**

La calidad de los datos que produzca el etnógrafo dependerá de la modalidad de compromiso adoptado en terreno, y en particular de su capacidad para encontrar un lugar –ya sea que se lo atribuya él mismo o que le sea atribuido por otros, en los juegos de interacción.

Hemos mostrado en detalle las dificultades que encuentra el etnógrafo para entrar al terreno, para permanecer en él y para salir. Hemos hablado de la identidad del investigador, que debe encontrar patrocinadores, garantes, padrinos, avales; pertenecer a instituciones universitarias, agencias administrativas, colectividades locales, establecimientos públicos; o que incluso debe ganarse la confianza de los mediadores que controlan el acceso a un terreno: cabecillas de redes, jefes de bandas, patronos de empresas,

---

<sup>4</sup> Compromiso se entiende aquí en el sentido que le da Goffman a la expresión de involvement (estar envuelto en situaciones), que a veces adquiere una carga moral o cívica, transformándose en engagement o commitment.

directores de cárceles, adherentes de partidos.<sup>5</sup> El momento inicial de la presentación de sí es crucial, por cuanto va de la mano junto al encuadre del objeto de la investigación, la especificación de los registros pertinentes de información y la atribución recíproca de categorías de identificación entre etnógrafos y encuestados. Esta presentación de sí no debe poner al investigador en una posición imposible de sostener: se esperará de él un mínimo de coherencia moral entre los roles que interpretará en diversas situaciones con interactuantes<sup>6</sup> distintos. Si esta anticipación de coherencia no satisface, tendrá una gran dificultad para ganarse y conservar la confianza de los encuestados, sobre todo en el caso de pequeñas redes de interconocimiento, donde rápidamente el etnógrafo corre el riesgo de encontrarse fuera del juego. Pero existen también contextos etnográficos en los que el etnógrafo pasa desapercibido y no necesita presentarse –la observación de espacios públicos urbanos, asambleas políticas en público, manifestaciones en la calle, aun cuando algunas conductas (escribir, fotografiar, filmar...) pueden prestarse para confusión.

Cualquiera sea la concepción que se escoja de las interacciones sociales, del éxito (felicity) –en el sentido de E. Goffman– de los ajustamientos interaccionales dependen la fiabilidad de los datos y la validez de los análisis que seguirán. Se ha dicho extensivamente que el etnógrafo no debe estar ni demasiado cerca ni demasiado lejos, sino que encontrar la ‘justa distancia’; debe evitar los efectos de inhibición, autocensura o autocontrol, de hipercorrección o de sobredramatización, así como dudar de un exceso de confianza en sí mismo o de sentir que lo comprende todo. Debe administrar la distancia personal para no parecer demasiado frío ni demasiado cercano, demasiado invasivo o demasiado extraño, ni debe verse reprobado por su falta de tacto o falta de empatía. Debe también administrar la distancia de estatus, saber mantenerse en su lugar, no abordar a la gente desde muy arriba, lo que sería rápidamente interpretado como una actitud presumida o de condescendencia, pero tampoco abordarlos desde muy abajo, lo que amenazaría con desacreditarlo rápidamente, haciendo pensar en una incompetencia en relación a su estatus. Aún más, podríamos hablar de distancia generacional, racial y sexual –es decir que el etnógrafo debe saber cuáles son las maneras apropiadas de comportarse con personas de edad, género o étnicamente diferentes. Las torpezas son a veces toleradas pero bajo ciertos límites: es a todas luces preferible controlar los ritos de interacción, de convenciones de cortesía y reglas de buena conducta, así como todas las prescripciones y proscripciones que regulan la relación con otro, en privado y en público.

La idea de encontrar su lugar en los juegos de interacción puede sin embargo tener diferentes significados para la investigación.

---

<sup>5</sup> Desde principios de los años 1950 estas cuestiones han sido tratadas por la sociología, aun cuando el imperativo de observación participante se imponía en un grupo de estudiantes del departamento de sociología de la Universidad de Chicago. Véase Cefaï (2002). Esta experiencia de enseñanza y de reflexión colectiva es el origen del manual de Junker (1960).

<sup>6</sup> Interactants en el texto original. (N. del T.)

Cuando Goffman hablaba de orden de interacción (Goffman, 1983), veía ahí un orden local que se constituye en una escena de copresencia y donde los participantes se ven asignados a lugares, derechos y obligaciones. Una especie de gramática ordena la coreografía de las interacciones: reglas prácticas, no enunciadas, se hacen visibles cuando se cometen infracciones; cuando quienes infringen las reglas son llamados a respetar el orden de la interacción. Esta perspectiva es útil para comprender cómo en el trabajo de campo se respetan las civilidades y todo tipo de gramáticas rituales que deben ser conocidas por el etnógrafo para sentirse cómodo. Uno de los principales problemas en el terreno es no ser desprestigiado ni desprestigiar a otros, corriendo el riesgo de ser expulsado o excluido: Goffman diría que el arte del trabajo de campo es indisociable de un arte de proteger los 'sí-s (Selves) vulnerables por medio de intercambios confirmativos o reparadores.

Como segunda opción podríamos también referirnos al legado de G. H. Mead (1934), y de continuadores como R. H. Turner, T. Shibusaki o A. Strauss, para quienes el Yo del etnógrafo se juega en procesos de cooperación y de comunicación con los otros y con los objetos. El etnógrafo adquiere una experiencia que afecta la de los encuestados. Asume roles, actitudes y perspectivas, y modifica los de sus interactuantes e interlocutores. Esta perturbación, lejos de dañar la etnografía, crea zonas de producción y de recepción de sentido común. A través de esto, el investigador contribuye a una definición común de las situaciones en las que participa, aun si es a veces discutida o rechazada. Aprende a posicionarse en 'complejos de respuestas habituales', a recurrir a mediaciones simbólicas y a inscribirse en universos institucionales. Esta aproximación, centrada en situaciones, pero que no descuida la dimensión institucional y cultural, generó la tesis de R. L. Gold que se refería a G. Simmel, C. H. Cooley, G. H. Mead y E. C. Hughes para pensar las interacciones frente a frente en el terreno (Gold, 1958).

Una tercera posibilidad es la interacción social inspirada en M. Mauss y N. Elias (Beaud & Weber, 2009). Suavizando los procesos de socialización analizados por P. Bourdieu, S. Beaud y F. Weber, se interesaron por los espacios de interconocimiento que el etnógrafo integra, donde debe resolver divisiones y distancias sociales con los miembros de otros grupos (efectos de desajuste causado por histéresis, armonía o distonía entre habitus). Además, la situación puede ser analizada como un cruce de cadenas de interdependencia, que desbordan el registro de interacciones que suceden frente a frente, y que posibilita formas de poder jerarquizado a distancia. La 'decepción de expectativas' del investigador es tanto un riesgo para la continuidad de la etnografía, como también el camino preciso para llevar a cabo su propio socioanálisis y comprender lo que sucede en determinadas situaciones.

Estas perspectivas sobre el terreno redescubren lo que ya había sido abordado por la escuela de antropología de Manchester y dialogan con las reflexiones contemporáneas sobre la 'desterritorialización' de los lugares de la etnografía: el 'terreno' ya no está en un territorio cerrado, circunscrito en tanto que comunidad insular, autosuficiente y sin historia. Es un flujo multisituado (Marcus, 1995) de capitales, información, personas, mercancías, tecnologías, imaginarios... O es un nudo de 'articulaciones proyectivas' hacia lugares y momentos alejados y a veces desconocidos por

los encuestados, como escribe A. Glaeser (2010). El sentido de un acto comercial, electoral o terrorista, religioso o intelectual no se agota en los elementos observables que se muestran en la situación, aquí y ahora. Remite a repertorios de recursos, puntos de apoyo y medios de expresión, horizontes de precomprensión, relaciones de fuerza y relaciones de sentido, que remiten a biografías personales y colectivas, y, más ampliamente, a redes sociales y procesos históricos.

### **Categorías endógenas y exógenas**

Hacer etnografía es entonces observar actividades, regulares o excepcionales, en situación, más que considerar como certezas tipologías preestablecidas y nomenclaturas oficiales. Observar de primera mano y no contentarse, si es posible, con transcripciones de entrevistas o relatos biográficos de segunda mano, y, más aún, evitar hacer saltos peligrosos, sin la red de seguridad de la descripción, hacia análisis repletos de conceptos abstractos y de razonamientos generalizadores. El interés de la etnografía es el de seguir actos, actividades, acciones o interacciones, tal como se desarrollan en una situación dada –incluidos los actos discursivos, no tanto por su contenido como por las consecuencias que producen. Estas actividades no son material en bruto, caótico e insensato: siempre tienen, antes ya de que el etnógrafo les preste atención, una organización endógena. La única manera de aprehender esta organización endógena es a través de la observación de las actividades prácticas y recolectando informes y actas (accounts, en el sentido de la etnometodología) que hacen los participantes y que dan acceso a su experiencia. Por ejemplo, para etnografiar reuniones políticas, no hay que partir de relatos de militantes o de recortes de diario, de declaraciones de la policía o de organizaciones –estos materiales son interesantes y deben ser movilizados, pero por lo que son, versiones a posteriori, que enriquecen el marco del evento, pero en otros contextos y con otras finalidades. La descripción etnográfica solo puede hacerse a partir de la observación directa, haciendo recuento de la distribución de ‘estatus de participación’ (oradores, guardias, policías, conductores de sala, miembros del auditorio, periodistas, camarógrafos, técnicos en iluminación y sonido...), mostrando la disposición espacial y siguiendo la dinámica temporal del evento, describiendo atmósferas, restituyendo accidentes de coordinación o resistencias de recepción... Y, si es posible, escuchando todo lo que se dice y todo lo que se hace, entre las filas y tras bastidores, en la sala y fuera de la sala, entre actores muy diferentes unos de otros.

El resultado es entonces muy diferente de lo que es comúnmente considerado como descripción de reuniones públicas. En particular, en cuanto al orden del lenguaje, podríamos retomar la idea de que existen categorías ‘cercañas’ o ‘lejanas’ a la experiencia de los encuestados o, más aún, que algunas descripciones de situaciones son hechas ‘desde el punto de vista nativo’, es decir, según su saber local (Geertz, 1983), mientras que otras son hechas desde arriba, sobrevolando, desde un punto de vista que les es extranjero. Lo interesante de la etnografía es justamente que nos enseña otras maneras de ver y de creer, de ser afectado y de sentir, de hacer y de decir, de comprender y de juzgar. Nos da acceso a formas de experiencia y a configuraciones de acción, tal y como son vividas por los encuestados, nos

las presentan bajo un modo de exposición que rompe con modelizaciones explicativas y análisis estadísticos. Una buena etnografía pone énfasis en la descripción detallada de situaciones, como si el lector estuviese ahí y, más aún, como si el lector se hubiese ubicado en las múltiples perspectivas de los encuestados (Emerson, Fretz, & Shaw, 1995).

Así, el etnógrafo debe desligarse de las evidencias más potentes, aun cuando estas en teoría aparezcan justificadas. Tomemos por ejemplo las categorías de clase, de género o de raza que hoy en día son universalmente utilizadas para dar cuenta de procesos de explotación y de dominación, de estigmatización y de discriminación. Si la etnografía aporta una plusvalía, no es solamente porque ‘probaría’ la existencia de tales procesos o porque los ‘ejemplificaría’. Lo puede hacer, obviamente, pero es sobre todo interesante por el hecho de que muestra las ambigüedades y las paradojas de la vida colectiva y las interacciones asimétricas que hacen parecer ‘clase’, ‘género’ o ‘raza’ como identidades dadas por supuesto. Da cuenta de la manera en que estas categorías son actualizadas en la práctica, de sus cualidades afectivas y morales cuando estas aparecen en los campos existenciales de los encuestados, y de los usos estratégicos que pueden ocurrir en situaciones de conflicto, cuando estas son manipuladas o reivindicadas. Muestra, igualmente, que en numerosas situaciones las categorías endógenas, aquellas que son pertinentes para los actores en una situación dada, no son necesariamente las categorías del cientista social. Toda suerte de operaciones de identificación y de diferenciación, de reconocimiento y de demarcación pueden ser puestas en práctica, sin que podamos de antemano predecir estas operaciones. Es por esto que precisamente hay que describir cómo los encuestados organizan la experiencia de sus actividades para evitar caer en una proyección sistemática de categorías exógenas a sus mundos –en particular cuando se trata de mundos que le son exóticos al etnógrafo: mundos ‘desviados’, ‘marginales’ o ‘subalternos’, e igualmente, ‘elites políticas’, ‘organizaciones económicas’, ‘sectas religiosas’ o ‘comunidades étnicas’.

Hacer una etnografía es entonces dejar de lado lenguajes especializados, incluidos los de las ciencias sociales, y restituir los contextos de sentido ordinario en lenguaje natural, ya sean los de activistas de movimientos sociales o de investigadores en laboratorios de bioquímica (Latour & Woolgar, 1986), ‘jóvenes delincuentes’ confrontados a tribunales para menores (Cicourel, 1967; Emerson, 1969), o homeless que venden diarios y libros usados (Duneier, 1999). De este modo, no es siempre necesario inmovilizar ‘formas culturales’ para mostrar significaciones nativas, es decir, puntos de vista locales. La referencia a la ‘cultura’ sirve a veces para dar cuenta del horizonte de sentido de los actores. Ha sido también criticada en tanto que reificación de las prácticas de sentido (Abu Lughod, 1991). Las afirmaciones sobre cultura se pueden sustituir generalmente por descripciones de acciones y de sus contextos; pueden corresponder a reivindicaciones de los actores que aparecen compartiendo algo así como la herencia de una tradición o la pertenencia a una comunidad, pero no son entonces categorías analíticas, sino solo informes sobre las visiones del mundo (en particular en los movimientos étnicos o nacionalistas, pero también en situaciones ordinarias, cuando oímos decir: ‘no es mi cultura...’, ‘hacen esto porque está en su cultura...’). Pero sobre todo ha sido puesta en cuestión por los antropólogos desde los años 1970,

permitiendo una revisión del origen de la disciplina y de las relaciones complejas con las formas de ‘mirada colonial’. En inglés se forjó el neologismo *Othring the Other* –hacer del Otro otro– (Fabian, 1983; Stocking, 1983) para mostrar cómo las descripciones y los análisis de los etnólogos estaban dominados por una negación de las transformaciones históricas de las sociedades estudiadas, por una ceguera frente a sus dinámicas conflictivas y políticas o por una ignorancia de sus intercambios extracomunitarios. Describir requiere un esfuerzo de reflexión en relación a sus a priori (teóricos, ideológicos, políticos, religiosos, y suma y sigue) y una extrema sensibilidad en relación al estatus de las categorías, endógenas o exógenas, que se usan en el texto etnográfico.

(Fin de la primera parte)

## ¿Que es la etnografía?\*

Inscripciones, extensiones y recepciones del trabajo de campo

Segunda parte

In Persona y sociedad, 2014, XXVII, 3, pp. 11-32

Luego de haber detallado algunas singularidades de la etnografía en relación a los tipos de encuesta por sondeo o a las investigaciones en laboratorio, el problema en la primera parte de nuestro artículo se centró en mostrar el carácter irremediamente situado y encarnado de la etnografía. Insistimos en la importancia de la reflexividad del investigador en relación al trabajo en terreno, a su recorrido biográfico, a sus prejuicios personales y sus preferencias teóricas.

El análisis de algunos problemas que surgen en el juego de las interacciones habituales con respecto a los encuestados<sup>7</sup> terminaba, en el ensayo anterior, con el asunto del informe y el sentido que se forma en los contextos de experiencia. Esta delicada operación de dar cuenta (to account) es indisociable del trabajo de escritura, sobre el cual comienza esta segunda parte de nuestro artículo. La etnografía, como su nombre lo indica, es una “grafía”. Implica largas cadenas de escritura, que van de la simple toma de notas hasta la constitución de un cuaderno de campo, y luego, el trabajo de indexación, codificación y análisis del “corpus de datos”. La escritura no es más que una manera de seguir con la investigación que permitirá ampliar el alcance de esta por las vías de la comparación o de la historia. Esto asegurará el paso de la descripción hacia formas más sofisticadas de explicación y de interpretación, y por lo mismo, de interrogación teórica. Desde luego, todas estas operaciones pueden, de vuelta, tener efectos en el trabajo de observación, de entrevistas o de búsqueda en los archivos. El corpus de datos se amplía a lo largo de todo el análisis. Y una vez que el texto ha sido publicado, y que encontró un público, a través de distintas modalidades de restitución y de recepción, las preguntas que le son hechas continúan haciéndolo vivir y relanzando la investigación.

En esta segunda parte, recorreremos primero distintos procesos implicados en la escritura etnográfica. Esta última es considerada como parte del desarrollo de la investigación y no el término de esta. Resulta por lo mismo interesante detenernos en cómo la descripción etnográfica se combina con otros modos de investigación, pudiendo, por ejemplo,

---

\* La primera parte de este artículo fue publicada en el número anterior de la revista *Persona y Sociedad* (XXVII, Enero-Abril 2013). La traducción es de Consuelo Biskupovic, con la ayuda de Fabien Le Bonniec y Eduardo Canteros, a quienes el autor agradece profundamente. Muchos de los puntos discutidos en este artículo tienen relación con dos libros: Cefaï, 2003 y Cefaï, 2010.

<sup>7</sup> Para las traducciones de algunos términos como “encuesta” y “encuestado”, ver la primera parte de este artículo. N. d. T.

considerar estudios de caso ampliado o procesos sociales en periodos de tiempo largos. Terminaremos viendo algunas relaciones entre etnografía y teoría haciendo hincapié en la descripción y observación como bases para las “construcciones de segundo nivel” (Schütz, 1961) del edificio teórico.

### **Las cadenas de escritura: anotar, describir, contar**

El momento de la descripción es extremadamente importante cuando hacemos etnografía ya que las explicaciones y las interpretaciones están fundadas en las descripciones y sólo pueden ser pertinentes e innovadoras si estas lo son. Jack Katz dice que el “por qué” deriva del “cómo” (Katz, 2001 y 2002). Una buena descripción entrega todos los elementos a partir de los cuales las relaciones desde la causa hasta la consecuencia, desde el evento hasta la perspectiva, desde el contexto hasta la expresión o desde la estrategia hasta la acción, pueden ser inferidas. Pero, una buena descripción nos hace sentir y experimentar los lugares y los momentos, nos muestra las acciones e interacciones, como si estuviéramos presentes. Debe retener nuestra atención haciendo preguntas y suscitando interrogaciones, señalando situaciones problemáticas desde el punto de vista de los encuestados o del observador. Debe entregar numerosos detalles concretos, respetuosos de disposiciones espaciales y de cursos temporales. Katz da como criterio de apreciación el que la etnografía sea “reveladora”, “colorida”, “viva”, “rica”, “variada”, “situada”, “matizada”, “enigmática”, “con valor estratégico”, “de una gran riqueza”, “de textura densa” o “finamente matizada”.

Las sucesivas etapas, atravesadas en terreno, y las pruebas que estas crean, se ordenan en un texto que se niega a dar rápidamente las claves explicativas o interpretativas. El trabajo de escritura se apoya tanto en notas de terreno, anotadas diariamente en un cuaderno, como en textos ya disponibles: conversaciones discontinuas, entrevistas etnográficas cara a cara, documentos administrativos, corpus de prensa, actas de policía y de justicia, obras literarias o rumores de la calle... Existe una diferencia que debe ser aclarada, como hemos visto, entre los materiales de observación, de primera mano, los testimonios y las historias recogidas en terreno, y las huellas documentarias que hay que contextualizar lo más posible. Es muy raro que una etnografía se apoye únicamente en informes de observación: integra casi siempre otros textos que no son de autoría del etnógrafo (ver Geertz, 1973; Clifford, 1983), los cuales no son considerados en primer grado, sino que en tanto que portadores de un sentido objetivo. Estos textos, escritos por otros, responden a exigencias prácticas, tienen objetivos estratégicos o incorporan lógicas institucionales, como en el caso de informes hechos por ministerios u ONG, expedientes de casos como un terremoto o una inundación, o un expediente judicial de algún caso que nos interese investigar. El etnógrafo recurre entonces en este caso a métodos que ya han sido comprobados, que no están muy alejados de la crítica historiográfica o que son a veces similares a la investigación periodística.

Pero la descripción, en el sentido estricto, fundada en la observación, es en sí el producto final de cadenas de escritura, resultantes de la actividad del etnógrafo: notas de terreno, mementos reflexivos, redes de observación, diarios íntimos, correspondencias eruditas, transcripciones de notas, borradores intermediarios, artículos científicos, informes de expertos y



textos de vulgarización (Sanjek, 1990; Lofland, Lofland, 1994). Está hecha de consideraciones anotadas rápidamente, de recuerdos de corto plazo, de impresiones afectivas y de sensaciones perceptivas, de pequeños esquemas, de cuentas y, ya en esta etapa, de borradores de descripciones, esbozos narrativos y apuntes analíticos. Las anotaciones fijan por escrito un sentido vivido y practicado en situación. Pero, si no prestamos atención, estas notas se despegan rápidamente de las escenas observadas. El etnógrafo debe dedicarse al método – que requiere bastante concentración – de restituir verbatim pedazos de discusión, sensibilizar respecto a la espacialidad y la temporalidad de los cursos de acción, identificar los dispositivos de categorización en las interacciones, considerar la situación como un nudo de perspectivas que se coordinan las unos con las otras. Cuando describe una acción debe – cuanto le sea posible – ser capaz de responder a las preguntas: ¿Cuál es su objeto? ¿Quién la lleva a cabo? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Con quién? ¿Contra quién? ¿Desde qué punto de vista? ¿A causa de qué? ¿En vista de qué? ¿Con qué consecuencias?

Observar y describir son actividades que requieren una mezcla de receptividad y espontaneidad. La toma de notas en terreno debe supuestamente dar cuenta de la “realidad” y tendría entonces el valor de ser una copia fiel del original. Pero, al mismo tiempo, esta descripción original incluye momentos de memorización y de olvido, de anotación y selección, de resumen y reformulación. El etnógrafo está al mismo tiempo comprometido en el flujo de experiencias y actividades que constituyen la situación, donde adquiere un cierto “status de participación” (Goffman, 1963). Y está también distanciado, convirtiendo su experiencia de terreno en un corpus de datos, inventando en el momento tácticas para saber más, activando su imaginación para comprender lo que sucede a su alrededor. La finalidad de su presencia en el terreno no es solamente sumergirse e impregnarse, sino que también recolectar datos.

Al comienzo de su estudio, debe anotar todo, ahogarse en el excedente de información, pues no sabe lo que le será útil posteriormente. Si ya ha comenzado la investigación, es más selectivo, su atención es menos flotante y más focalizada. Pero debe al mismo tiempo permanecer abierto a lo imprevisible y a la sorpresa. En el proceso de descripción, el etnógrafo se expone a situaciones que no siempre controla, se deja estremecer por emociones y persuadir por materiales que no ha escogido. Intenta además traducir su testimonio usando palabras comprensibles para el lector, cortando y agregando elementos a las notas que ha puesto en limpio, las va organizando en carpetas, siempre sometiéndolas a preguntas, codificándolas y analizándolas.

Los defensores de la retórica y de la semiología, que desde mediados de los años 1970 han insistido en las figuras argumentativas y las estrategias discursivas (Gusfield, 1981 y 2000) inherentes a la escritura etnográfica, apuntaron al carácter textual de la etnografía. Para esto dirigieron sus críticas hacia la “ilusión referencial” o “creencia realista” en la que caería la escritura etnográfica en algunas ocasiones (Marcus, Clifford, 1986; Atkinson, 1990). Pero, cometieron un doble error. Por un lado, hicieron como si el etnógrafo fuese un gran manipulador, capaz de inventar historias sin ningún problema, buscando asegurar su autoridad frente a los lectores, poniendo en escena el testimonio del “yo estaba ahí” y poniéndose en

escena en la narración – acreditando su buena fe y, según algunos, logrando sacar beneficios de una actitud heroica de explorador en medio de sus “salvajes”, al mismo tiempo que certifica la veracidad de su descripción, fundada en el testimonio de primera mano (Malinowski, 1967). Por otra parte, hicieron como si la “realidad” no fuese más que un “efecto de discurso”. En el caso de los más radicales, disolvieron la cuestión de la validez, y también, en cierta medida, la de la responsabilidad científica<sup>8</sup>. De esta manera acercaron las ciencias sociales a la literatura, intentando a veces, de manera más o menos lograda, formas dialógicas, dramáticas o poéticas, al margen del género que predomina en la novela realista de la monografía clásica, pero más preocupado, aparentemente, por una originalidad formal que por una fidelidad empírica.

La etnografía, está claro, no es una “copia de la realidad”. Lo cierto es que la escritura etnográfica, como cualquier actividad intelectual, pone en marcha un trabajo de imaginación, haciendo advenir una inteligibilidad narrativa enraizada en la experiencia práctica de los encuestados. Sin embargo, se distingue por el hecho de usar métodos de codificación calificativa, componiendo frases descriptivas y analíticas según reglas de género y convenciones de estilo, inscribiéndolas en constelaciones teóricas y siguiendo estrategias de argumentación. Pero es en este punto donde comienzan los problemas.

Primero que nada, la escritura etnográfica no es un simple ejercicio literario: da cuenta de la investigación, sobre todo de sus resultados, y de sus operaciones, cuando es necesario. Lejos de dar nacimiento a un relato de ficción, o de caer, aunque siempre existe la tentación, en el relato ego-etnográfico, esta fase de las operaciones implica generar comprensión a posteriori. Un buen ejemplo de esto – un modelo muy conocido en Francia – es el de Jeanne Favret-Saada<sup>9</sup> y sus trabajos sobre la brujería<sup>10</sup>. Su libro

---

<sup>8</sup> Geertz (1988) es uno de los pocos que mantuvo una responsabilidad en tanto que autor sin buscar una simetría en la relación entre investigador y actor.

<sup>9</sup> A partir de los años 1970, Favret-Saada comenzó a estudiar la brujería en una región rural de Francia. Al llegar al terreno se dio cuenta que las personas no le hablaban de este tema directamente. Fue entonces que empezó a anotar sistemáticamente las conversaciones, incidentes y todo aquello que pudiera tener relación con la brujería, hasta la manera en que las personas evitaban el tema. Luego de muchos fracasos, notó que para abordar esta cuestión, no se puede hablar sobre la brujería, sólo se puede estar embrujado, ser brujo o haber sido desembrujado. Estos procesos los relata en sus cuadernos de campo que han sido publicados al francés pero aún no han sido traducidos al español. N. d. T.

<sup>10</sup> Particularmente su libro *Les mots, la mort, les sorts* (Las palabras, la muerte y las hechizos) (1977), luego del cual vino *Corps à corps* (Cuerpo a cuerpo) (Favret-Saada y Contreras, 1981) donde profundiza aún más el análisis junto al psicoanalista José Contreras. Y finalmente *Désorceler* (Desembrujar) (Favret-Saada, 2009) con el que culmina el proyecto.

Corps à corps no es, como se ha dicho, una ficción narrativa sacada de un diario de terreno. Las decisiones editoriales hechas por Favret y Contreras no obedecen tanto a criterios literarios como a un esfuerzo reflexivo que intenta re-aprehender el movimiento de la investigación, para darle al lector los indicios de la gestación del primer libro, y, al mismo tiempo, para remover el análisis mediante el trabajo de recomposición. La calidad de las notas de terreno de Favret hace que no estemos tanto frente a un relato de ficción como frente a reportes (accounts) circunstanciados, que nos dan acceso a la investigación tal como fue hecha, con sus desorientaciones e incomprensiones, sus deambulaciones e iluminaciones, sus exploraciones y bifurcaciones.

Por otra parte, la escritura etnográfica remite también al proceso de desarrollo de una investigación, y no necesariamente a su culminación. En este desarrollo del trabajo de investigación que incluye la escritura etnográfica, es difícil disociar una fase de recolección de datos de una fase de redacción del análisis. No estamos ni en una fantasía novelesca de una imaginación desatada ni en la falsificación rigurosa de hipótesis preestablecidas, sino que frente a un trabajo continuo de revisión, que es elemento activo de la investigación. Las etapas de escritura hacen parte del proceso de control de fiabilidad de los datos y de validez de las interpretaciones, que requieren seguir paso a paso la relación entre la información, la observación de discursos y acciones, la documentación respecto a narraciones de un evento, la evaluación del valor de las observaciones y de los testimonios, reflexionando al mismo tiempo sobre las condiciones en que estas se obtuvieron. Dicho de otra manera, la escritura etnográfica es todavía un proceso de investigación, momento de entrelazamiento de los distintos procesos de escritura que se reencuentran en ella. Pone en relación intuiciones e incita al investigador a volver a verificar en el terreno, a re-contactar informadores para aclarar, discutir y confirmar algunos puntos del análisis. La escritura etnográfica reinicia fases de observación, pone a prueba categorías y razonamientos. Y, puede hacerlo porque previamente el etnógrafo ha reunido documentos – textos escritos, y también objetos materiales, fotos, películas y toda suerte de huellas que el investigador analiza en tanto que corpus de datos. Puede también someter estos materiales a sus colegas como fuentes a partir de las cuales ha desarrollado su análisis – fuentes que los demás podrán examinar, criticar y visitar. Escribir, es proseguir la investigación reordenando documentos, asociándolos con otros documentos producidos en otras investigaciones, intentando verificar si las hipótesis que han sido formuladas hasta ahora pasan la prueba y dialogando, real o virtual, con públicos. El etnógrafo hace de sus incoherencias la fuente de nuevas preguntas. Integra las observaciones y críticas de los que leen los borradores o de sus auditores en conferencias. Escribiendo, también investiga.

### **Más allá del “aquí y ahora” del orden de interacción**

Un reproche común que se le hace a la etnografía es ser una ciencia social de lo minúsculo, un arte miniaturista, encerrada en un micro-análisis de las pequeñas situaciones. Incapaz de abordar cosas serias, grandes estructuras sociales o grandes procesos históricos, así como las big

structures, large processes y huge comparisons de Charles Tilly (1983), el etnógrafo, por tratar de alinearse con sus encuestados, terminaría por limitarse a los puntos de vista de estos. Este reproche da cuenta de dos problemas: en primer lugar la cuestión de los puntos de continuidad y de ruptura entre la investigación etnográfica y la actitud natural de los encuestados. En segundo lugar, la cuestión de la capacidad de la etnografía para producir explicaciones e interpretaciones que trascienden el aquí y el ahora de la investigación. Profundicemos en estas críticas.

Con respecto al primer punto, ¿en que consiste la dialéctica del arraigo y del desgarramiento de la investigación etnográfica? El etnógrafo se esfuerza por prestar atención a actividades situadas y analizar el despliegue de socialidades, espacialidades y temporalidades en situación, y no sólo como la sombra de estructuras, normas o intereses preestablecidos. En vez de partir de un punto de vista desde arriba, el relato parte de las perspectivas de los encuestados (Schütz, 1961). Por ende, se centra en sus problemas, articula sus visiones, despliega sus soluciones, y sus compromisos en procesos de cooperación y de competición los unos con los otros, de co-producción de un mundo común.

Sin embargo, si es que existe una asimetría entre la experiencia del investigador y la de los encuestados, esta se encuentra en el hecho que el etnógrafo puede tomarse el tiempo que quiera y no está sometido a la urgencia práctica de acciones que debe realizar. Puede entonces destejer las apariencias, mostrar el trabajo práctico necesario para que todo sea hecho sin ni siquiera decirlo, sin cuestionamiento (Schütz, 1961; Garfinkel, 1967). La “realidad común”, considerada como evidente y compartida, es el producto de un trabajo cooperativo en el proceso de naturalización de lo que sucede en los contextos de la vida ordinaria. El etnógrafo, mientras aprende a controlar el sistema de coordenadas de los encuestados y a tener una comprensión interna, intenta ir en contra de esta co-producción de una actitud natural y de una realidad obvia. Es el caso de Wieder (1974) que analiza el “código del detenido” mostrando los juegos de reglas que respetan implícitamente “jóvenes delincuentes” de un centro de detención.

Tomarse el tiempo, darle tiempo al tiempo, no cerrar demasiado rápido la investigación ni el análisis, dejar que los datos se acumulen lentamente y sacar paulatinamente categorías e hipótesis, hasta tener un conocimiento del asunto tan fino como el de los encuestados (por ejemplo: ser tan familiar como los expertos de las escenas y del backstage en un conflicto sobre planificación territorial). Otra distinción entre el etnógrafo y el actor es que el primero puede desplazarse entre diferentes puntos de acceso al terreno y, de este modo, puede constituir y comparar distintos corpus de datos. Puede circular entre diferentes magnitudes de escala (Revel, 1996) (por ejemplo: seguir secuencias de interacción algunos segundos o retrazar la historia de una organización a lo largo de varios años). Puede finalmente recurrir a diferentes herramientas de investigación (por ejemplo, describir la situación de puntos de vista, siempre plurales y conflictivos, de los encuestados. Y también revisar datos prosopográficos que ha recolectado en situaciones anteriores o hacer un análisis de redes de las posiciones respectivas en función de nuevos criterios). Las fases de observación se entrelazan con fases de entrevistas o de historias de vida, recolección de documentos o de archivos, o análisis cartográfico y

estadístico (como es el caso en Chicago y Manchester). De esta manera, desarrolla una perspectiva secante en relación a la de los encuestados. El etnógrafo tiene una ventaja agregada: se apoya en saberes más o menos establecidos por investigaciones anteriores de otras disciplinas y, ya sea directa o analógicamente, las re trabaja según sus datos propios (por ejemplo: utiliza ideas provenientes de la geografía para analizar datos electorales). También, tiene a su favor el hecho de ser capaz de manejar una multiplicidad de visiones teóricas y herramientas analíticas (por ejemplo: recurrir a programas de análisis de redes para estudiar la circulación de ideas). Puede además usarlos como lentes para ver las cosas de otra manera (por ejemplo: utilizar la metáfora del texto o del teatro para ver desde otro enfoque situaciones sociales).

Además, el etnógrafo es casi siempre transportado a otros horizontes de experiencia. El trabajo de campo requiere necesariamente un momento de familiarización con personas, lugares, acciones e intrigas, pudiendo circunscribir un “orden de interacción”, poniendo entre paréntesis todo lo que trasciende a las situaciones de co-presencia. Pero la situación en la que participa el etnógrafo – el aquí y el ahora – es también esclarecida gracias a un esfuerzo genealógico (en el tiempo) y comparativo (en el espacio). Por ejemplo, podemos seguir a comerciantes transfronterizos alrededor del Mediterráneo, y re-contextualizar situaciones observadas en relación a políticas migratorias, prácticas aduaneras, mercados locales y redes mercantiles; así como también represiones policiales, contabilidades familiares y clientelismos políticos. Estos procesos los vamos reconstruyendo sistemáticamente y deben ser retomados desde el punto de vista de los encuestados. Podemos remontarnos a los movimientos islamistas del Líbano, a la historia de la organización y a la ideología de redes familiares, religiosas y políticas. Explorar el origen de las alianzas estratégicas de estos movimientos en el Líbano y fuera de él, y mostrar sus complicaciones con el conflicto israelí-palestino y la geopolítica del Medio Oriente, poniendo en perspectiva las experiencias recogidas en terreno con la memoria colectiva, la historia oficial y la historia profesional. Podemos investigar sobre las prácticas de urgencia médica y social que viven las personas sin domicilio, acompañarlas en sus rutas entre los centros de acogida y las ollas comunes entregadas por organizaciones de beneficencia, encontrar en la historia el inicio de estos modos de ayuda y de apoyo a las personas sin techo o seguir los dispositivos institucionales y jurídicos que comandan las acciones en terreno. Por último, un punto interesante sería también revelar cómo las opciones políticas o reglamentarias plasman la vida de los vagabundos día a día.

Mientras transcurre la situación, los encuestados se sienten tributarios de “estructuras” y de “procesos”. Saben que sus actividades están apremiadas por una suerte amplia de parámetros que ellos mismos mencionan. Producen descripciones, explicaciones e interpretaciones que esclarecen su experiencia actual. Justifican algunas de sus decisiones acercándolas a eventos alejados, reales o imaginarios, que han ocurrido en su historia, o a acciones que saben que, ocurridas en el otro extremo del mundo, tienen un impacto, directo o indirecto, en el contexto de sus vidas. Por ejemplo, citan precedentes que han abierto horizontes de comprensión aún pertinentes, hacen comparaciones, acercamientos o contrastes, o aún más, conectan lugares y momentos de acción local con otros de escalas

mayores, que reproducen cadenas de interacciones de las que son parte (de causa a consecuencia, de mando y obediencia, de decisión en decisión...). Todos estos elementos son constitutivos del “orden de interacción” que el etnógrafo puede estudiar, reabriendo la caja negra de determinaciones de los llamados procesos históricos y estructuras sociales.

Para poder tratar un caso como caso (to case a case), el etnógrafo debe buscar puntos de comparación, resituar tal caso en relación a otros, seguir personas, innovaciones, informaciones o problemas que lo conduzcan a modificar el tamaño de la escala territorial o temporal. Todo el problema está entonces, ampliando y profundizando el campo de la investigación, en no proyectar indebidamente categorías e hipótesis exógenas sobre los datos del terreno, sino que realizar un trabajo razonado de generalización. En este sentido podemos distinguir varios casos, desarrollados en el transcurso de la historia de las ciencias sociales. A continuación detallamos tres posibilidades.

#### a. Análisis de una situación social

La llamada “escuela de antropología de Manchester”, relacionada con el Rhodes Livingstone Institute (ver Werbner, 1984), establece conexiones entre series complejas de eventos, directamente observables en un espacio-tiempo limitado, y las organiza en una especie de secuencia cinematográfica corta, esta misma reveladora de una estructura social. El prototipo de esto es la inauguración del puente de Zululand en 1938, analizado por Gluckman (1958). En este trabajo el autor muestra cómo las personas de carne y hueso, observables y descriptibles, no están ahí a título personal, sino que encarnando grupos sociales. En este sentido, ellas ocupan un lugar en el espacio en parte debido a la organización del ritual, en parte por respectivas posiciones en la sociedad colonial. Esta “situación social” es tomada como ejemplo, epicentro y emblema de la sociedad colonial de la época y de las relaciones que ligan en estos eventos diferentes categorías sociales: los Zulú y los colonos británicos forman grupos interdependientes en el seno de un mismo sistema social (Gluckman, 1958). Notemos que este tipo de análisis de una situación es antagónico al de Goffman que esencialmente describe y analiza las escenas de co-presencia para extraer una normatividad interna del orden de la interacción (Cefaï y Gardella, 2012) – aún cuando estas escenas son parte de momentos e instituciones sociales (Goffman, 1963).

#### b. Análisis de un proceso social

Este considera cada caso como etapa de un proceso de relaciones sociales que se están desarrollando, entre personas o grupos particulares en un sistema social y cultural. Integra una serie de situaciones sociales, no tanto en un territorio extendido o en relación a una vasta estructura, sino que en un periodo más largo. El análisis del puente de Zululand puede ser entonces retomado como un episodio, entre muchos otros, en la historia de larga duración que Gluckman aborda sobre los sucesivos equilibrios que ha conocido el sistema social de los Zulú, desde el comienzo del siglo XIX

hasta 1938 (Gluckman in Fortes y Evans-Pritchard, 1940). Otro ejemplo famoso es la historia de E. Colson y T. Scudder sobre el desplazamiento y la reimplantación ecológica de los Gwenbe Tonga (Colson, 1971). Posteriormente a la construcción de la represa Kariba en el Zambeze en 1959, la población fue reubicada en diferentes sitios y seguida, desde aquella época, por un equipo pluridisciplinario con el fin de seguir las transformaciones económicas, demográficas, sociales y culturales vividas por estas comunidades, tomando como escala varios decenios. En este marco, Sally Falk Moore habla de la “etnografía procesual” que surge a partir de un “evento-diagnóstico” (Moore, 1987). Esto implica desplazar el punto de vista, no pensar más en el presente sino que tomar distancia y ligar lo observable y lo descriptible con el pasado, y cruzar de este modo competencias antropológicas e históricas.

### c. Estudio de caso ampliado<sup>11</sup>

Este permite aprehender los procesos sin eludir la complejidad de las configuraciones sociales. Da lugar a experimentaciones etnográficas, maduramente pensadas. La extensión en el espacio y la extensión en el tiempo son dos aspectos centrales implicados en este estudio de caso ampliado.

En cuanto a la extensión en el espacio, primero, diversos trabajos han conducido, como hemos visto, a un cuestionamiento del sitio etnográfico en tanto que territorio cerrado. Este cuestionamiento viene principalmente de la crítica de la etnografía de las comunidades insulares – que tomaba como unidad de investigación las islas Trobriand, en el caso de Malinowski (1922), o el Near North Side en Chicago, en el caso de Zorbaugh (1983). Este límite fue superado por el estudio de las dinámicas de mundialización – mercados globalizados, políticas internacionales, redes transnacionales de ONG y empresas multinacionales, flujos migratorios... El proyecto de una etnografía multi-situada, formulada de manera programática por G. Marcus (1995), propone seguir los flujos de capitales, información, personas, mercancías, tecnologías, imaginarios... Por lo tanto el terreno se vuelve móvil, el etnógrafo prospecta siguiendo distintas escalas y flujos que se extienden a veces por diferentes continentes y durante varios años. Se desplaza entre redes y sitios diferentes, con distintas paradas, que le permiten explorar más profundamente ciertos sitios preferenciales, elegidos en función de su interés estratégico.

En cuanto a la extensión en el tiempo, esta idea supone una relación entre etnografía e historia cada vez más central y prometedora. En Francia por ejemplo, esta ha sido abordada por un grupo de investigadores que estudiaron las problemáticas ligadas al trabajo (Arborio, Cohen, Fournier, Hatzfeld, Lomba y Muller, 2008). Una noción que está hoy en boga es el retorno de la etnografía lanzada por Burawoy (2003). Esta concepción

---

<sup>11</sup> Existen distintas versiones que no deben ser superpuestas. Ver Van Velsen in Epstein, 1967 y Burawoy, 1998.

surgió durante su propia experiencia mientras estaba haciendo su tesis en una empresa en el Southside de Chicago que treinta años antes había sido estudiada por Donald Roy (2006). Burawoy abordó el asunto de la vuelta al terreno, pudiendo tener, según él, diferentes funciones analíticas. Gracias a una nueva visita etnográfica, el investigador puede retomar los procesos de transformación entre dos momentos dados y así puede reconsiderar la validez de los análisis; puede criticar y reconstruir un análisis, o simplemente refutar la etnografía de un predecesor.

### **¿Hacia una etnografía teórica?**

Poco a poco surgen conexiones, ya sea con los encuestados o las que se imponen al investigador por las similitudes o analogías que él cree ver entre “su” terreno y los terrenos descritos y analizados por otros. “La investigación etnográfica se despliega como una espiral que encuentra su punto de impulso en múltiples enigmas prácticos o teóricos que turban la comprensión del investigador, y que se desarrollan en el vaivén de múltiples operaciones de interacción, de observación y de registro, de muestreo, de codificación y de análisis” (Cefaï, 2010: 7-11). Los elementos que definen un terreno – la circunscripción de sus límites espacio-temporales, el lugar asignado a los investigadores y a los encuestados, la configuración de un orden de pertinencia en cuanto a la observación y a la determinación de lo que vale como “dato” y que tiene que estar incluido en el corpus – no son fijados a priori. El compromiso etnográfico requiere solamente tener una idea vaga de lo que se busca cuando se empieza “un terreno”. Aunque estemos motivados por una interrogación inicial, descubrimos lo que buscamos solamente atravesando las pruebas de comprensión, familiarizándose con los lugares y la gente, alternando los momentos de participación, de observación y de descripción, aprendiendo idiomas, acostumbrándonos a los usos y cumplimientos de rituales, haciendo preguntas, solicitando precisiones, captando nuevamente perspectivas. Todas las actividades se enlazan, a veces sin coherencias aparentes. Pero progresivamente tienden hacia la resolución de problemas, de orden empírico y/o teórico, cuya formulación se precisa durante la investigación.

La situación de investigación puede ser entendida como una dinámica de definición y de resolución de una situación problemática (Dewey, 1938). Se constituye a partir de una turbación que suscita la curiosidad. Está motivada por una capacidad de asombrarse. El deseo de comprender está atizado por las pruebas a las cuales el etnógrafo está sometido. A partir de esto, las opiniones discrepan. Un debate hace furor entre dos tesis que no atribuyen el mismo lugar a las pruebas teóricas.

Para los partidarios de un enfoque más emergentista, la teoría surge por inducción analítica (Katz, 1983 y 2001) en el curso de la investigación. El etnógrafo ignora a priori adónde va y, guiado por la sorpresa, orientado por los encuentros y eventos, crea poco a poco su “campo problemático”. Elabora preguntas congruentes con la experiencia de los encuestados y se niega a dar objetos directamente, sin preámbulo, ni precauciones, si no han sido indicados por el terreno. Este trabajo se lleva a cabo fuera del lugar de investigación: la grounded theory (Glaser, 1967) ha elaborado un método cualitativo de muestreo, de codificación y de análisis de datos ya



estabilizados. Aún cuando fue criticada por su carácter positivista, la grounded theory impone un enfoque reflexivo, prohíbe las extrapolaciones prematuras, ancla las categorías en el proceso de investigación en vez de repatriarlas brutalmente desde otros universos teóricos y políticos (Cefai, 2012b).

En el lado opuesto, para los partidarios de un enfoque más popperiano, la teoría tiene que ser formulada clara y rigurosamente al inicio de la investigación, organizando fuertes hipótesis derivadas de una axiomática, o ya verificadas en investigaciones anteriores. La investigación está concebida como un dispositivo de confirmación o de invalidación de estas hipótesis a través de propuestas relativas a hechos establecidos: la investigación permite recoger datos empíricos que van a posibilitar esta lógica de validación a través de conjeturas y refutaciones (Burawoy, 1998). Entonces, la minuciosidad en la observación y descripción no es un fin en sí mismo: los buenos datos son aquellos que van a permitir dar respuestas a preguntas, aceptarlas, afinarlas o abandonarlas, y que por lo tanto van a ayudar a reconstruir el edificio teórico agregándole pisos o reorganizando las piezas ya disponibles.

En la práctica, por supuesto, no es fácil clasificar un autor en uno u otro de estos enfoques: la precisión de la observación, la reflexividad en la investigación, la sutileza de la comprensión y la prudencia en la inferencia varían mucho según los estilos descriptivos y analíticos, y en un mismo autor, según sus investigaciones. Sin embargo, se puede tomar un camino de salida fuera de una posición que provoque demasiada tensión: la alternativa no está entre una etnografía reducida a una pura descripción o una etnografía orientada por una teoría dominante. Si las maneras de hacer, en la práctica, son muy diferentes, las dos fórmulas mantienen un cierto tipo de relación con la “teoría”.

Todos tenemos algo de teoría “en la cabeza” cuando llegamos al terreno, y a ninguna persona razonable se le ocurriría negarlo. El problema es el estatuto de los modelos de análisis teórico, histórico, cartográfico o ecológico sobre los cuales uno se apoya. Para retomar una distinción kantiana, si se trata de modelos determinantes, donde los términos del problema son conocidos de antemano, la etnografía tiene entonces un papel meramente ilustrativo: llena las casillas, provee ejemplos o casos contrarios. Si se trata de modelos reflexivos, a penas orientados por “conceptos de sensibilización” (Blumer, 1969) y conjeturas abiertas, estos tienen una función completamente diferente. Orientan la mirada y el oído sin coaccionarlos. Alimentan la imaginación sin encasillarla en marcos preestablecidos (observar las interacciones sin hacer del interaccionismo un nuevo dogmatismo). Invitan a la exploración de nuevos sitios (seguir las circulaciones de objetos en vez de quedarse encerrado en una “comunidad aislada”) y de nuevas temporalidades (seguir los procesos revisitando las instituciones en vez de conformarse con un expeditivo sondeo sincrónico)<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> Sobre este punto concuerdo con Glaeser, 2004.

Además, no es el mismo tipo de teoría que está en juego en los dos casos. En el caso del enfoque de Burawoy, se trata de producir una Gran teoría, de inspiración marxista en su caso, que profundiza también en diferentes dominios de la sociología y de la antropología, así como también de la economía, la ciencia política o la teoría crítica. De este modo formula ideas fuertes que va a comprobar en el terreno. Por ejemplo, articula propuestas sacadas de la literatura sobre la transición post socialista o sobre la globalización (Burawoy, Burton, Ferguson, & Fox, 1991; Burawoy, 2000), que posteriormente afronta con su equipo de estudiantes de doctorado en terreno. Además de la defensa de una teoría fuerte, Burawoy tiene algo de “sociólogo militante”: es partidario de una sociología crítica, al servicio del público (Burawoy, 2007). Los conceptos de Burawoy se parecen a armas teóricas y políticas: son afilados, zanja en los materiales de terreno, están destinados a destruir los prejuicios y tienen como horizonte la emancipación de los más débiles.

Este tipo de teoría es extremadamente diferente a la de Donald Roy, por ejemplo, que ilustra bien el enfoque inductivo (Roy, 2006). Las investigaciones de Roy se inscriben en un campo problemático que es el de los estudiantes de la Universidad de Chicago en el contexto de posguerra, que asisten a las clases de E. C. Hughes (1971), en el florilegio de etnografías del trabajo que se desarrollan ahí a fines de los años 1940 y comienzos de los años 1950 (Bulmer, 1984; Fine, 1995). Sus análisis sobre las relaciones en el campo laboral o sobre las formas de solidaridad obrera son menos ambiciosas que los de Burawoy, pero más matizados y delicados, y más cercanos a la experiencia de los obreros. Su preocupación primera es describir cuidadosamente situaciones y asegurarse de lo que va a demostrar gracias a una larga estadía en terreno.

Los términos de este debate no deben ser rígidos: fijados de esta manera, le dan puntos de referencia al investigador que, en práctica, reflexiona sobre cómo le llegan los “datos” y las “ideas”. La grounded theory, por ejemplo, combina una preocupación tanto por un enfoque inductivo como por una teoría general. Strauss y Glaser son los primeros en abordar la cuestión de los “contextos” y de las “carreras” de la muerte en el hospital (Strauss, Glaser, 1965). Se preguntan, fundándose en sus observaciones, cómo los enfermos, sus familiares, las enfermeras y los médicos dicen abiertamente, ocultan, sospechan o parecen ignorar (“closed”, “suspected”, “mutual pretense”, and “open awareness”) informaciones relativas al estado del enfermo. Disgregando las situaciones en “variables controlables”, con el fin de obtener un “muestreo cualitativo” y una “comparación continua” (Strauss, 1987), los autores muestran similitudes y diferencias entre las situaciones, y al mismo tiempo, posibilitan tipificaciones. Las idas y vueltas entre los datos de las observaciones y de las entrevistas son seguidas por un trabajo de codificación y categorización a partir del corpus de datos. Strauss y Glaser elaboran una “teoría substancial” de las relaciones en torno al paciente moribundo en el hospital, pero también pueden extrapolar y desarrollar una “teoría formal” de los contextos de consciencia, explorando otros sitios de investigación (empresas, diplomacia, familias o espionaje). Su enfoque no

es solamente abductivo e inductivo<sup>13</sup>. La problemática de las “interacciones” y de las “carreras” de Strauss y Glaser no fue inventada a partir de la nada: su imaginación etnográfica estaba nutrida de la herencia de la sociología de Chicago, es decir, de las investigaciones ecológicas y organizacionales, desde Park hasta Hughes, y de las investigaciones de psicología social inspiradas por Mead.

Strauss y Glaser trabajaron además para el departamento de enfermería (nursing) en el seno de la escuela de medicina de la Universidad de California en San Francisco. Sus preguntas estaban relacionadas con la experiencia de los pacientes, de sus familiares, de los médicos y enfermeros. ¿Cuáles son las variaciones que se pueden observar entre lo que la gente dice y lo que hace? ¿La enfermedad del paciente es crónica o reciente? ¿Es dolorosa o no? ¿Existe o no un tratamiento médico? ¿El paciente se queda en el hospital o se vuelve a veces a casa? ¿Cual es la táctica del médico en el caso de la fase terminal, decir la verdad u ocultarla? ¿El personal está de acuerdo con los riesgos de muerte? ¿Los parientes del paciente están informados o no? ¿Acompañan al paciente durante su convalecencia o están en una postura de negación? La categoría de “contextos de consciencia” (awareness contexts) va acompañada de la inferencia de un cierto número de situaciones y guiones típicos y análisis de tácticas interaccionales relativos a la cama del moribundo. Ha tenido consecuencias prácticas: ha incitado a médicos y enfermeras a reflexionar sobre esta dimensión de su actividad profesional que hasta ese entonces era evidente, e incitó a los responsables del hospital a gestionar una organización de la institución que haga estas situaciones menos dolorosas.

Sea cual sea la fórmula elegida por el etnógrafo, la manera en que se relaciona (más o menos frontal y explícitamente) con experiencias teóricas ya establecidas, la manera en que incluye un cierto tipo de conceptos y conjeturas en sus procedimientos de investigación, y la manera en que aspira finalmente a producir análisis con alguna pretensión de generalización, permiten concluir que no es justo afirmar que la etnografía es a-teórica. Es otra manera de hacer teoría, una manera que no es dogmática, en una dinámica que vincula las preguntas con los métodos que elegimos, los datos que recogemos y los problemas que resolvemos.

### **Reflexiones finales: por un pragmatismo etnográfico**

La investigación no se termina una vez que un texto etnográfico ha sido escrito o publicado. La espiral de la investigación encuentra prolongaciones y resurgimientos imprevisibles en las actividades de difusión de sus resultados. Sigue creciendo durante el proceso de recepción, y de todas las operaciones de apropiación y aplicación que se le dan (Gadamer, 1993). A veces, hace emerger públicos – público de recepción estética de un libro o de una película etnográfica; público de apropiación de la etnografía como una arma estratégica; público de aplicación de medidas políticas

---

<sup>13</sup> Véase la crítica de Charmaz, 2001 y Bryant y Charmaz, 2007.

inferidas del análisis etnográfico; público de crítica de los resultados de la investigación, yendo de la aceptación al rechazo. Puede ofrecer acciones frente a las políticas de regulación demográfica, de planificación urbana, de desarrollo económico, de integración intercultural o de reforma pedagógica: puede aportar al servicio de la acción pública, aunque a primera vista su densidad la perjudica en relación a enfoques modeladores y estadísticos.

La problemática de la recepción se plantea de varias maneras:

a. ¿Cómo presentar los resultados a los encuestados? ¿Qué le podemos decir y qué es lo que tenemos que ocultar? ¿Cómo hacer para no provocar daño entre los encuestados? Este cuestionamiento se hace como prolongación de las operaciones de investigación, donde el investigador siempre tiene que preocuparse de las consecuencias de lo que hace y de lo que dice en terreno. ¿Podemos mostrar los disfuncionamientos de una organización, describir los actos ilegales o inmorales cometidos por individuos, ensuciar la reputación de una corporación profesional o de una comunidad étnica? ¿Acaso hay que privilegiar a toda costa la descripción de lo que hemos podido ver o a veces tenemos que abstenernos de mostrar demasiado? La etnografía no es un informe de investigación, presentando un conocimiento objetivo: como cualquier acto discursivo, la anticipación de las consecuencias que va a producir tiene que estar considerada en el trabajo de escritura.

b. Algunos de estos problemas están catalogados en códigos deontológicos (Cefai, 2009) que fueron propuestos para regular las prácticas etnográficas. Varias críticas han surgido. Los formularios de consentimiento, destinados a prevenir a los encuestados sobre el sentido de la investigación tienen un diseño contractual de la relación entre investigadores y encuestados, e ignoran el hecho que en una etnografía no se sabe de antemano hacia dónde se va ni qué se busca exactamente, y las relaciones afectivas y éticas se mezclan con una dinámica temporal, siendo lo imprevisible característico de este proceso. La idea estrecha que tienen de la investigación ciertos institucional review boards sanciona sistemáticamente a los proyectos de investigación etnográfica, que no son comprensibles por los marcos de evaluación de los investigadores clínicos o cuantitativos. Los códigos deontológicos tienen el mérito de cuestionar los riesgos inherentes a la investigación, pero lo hacen sin tomar en cuenta las especificidades del enfoque etnográfico.

c. Un tercer punto tiene que ver con las relaciones con quienes financian, con sponsors, auspiciadores privados o públicos. Cada vez más el etnógrafo debe actuar como experto o abogado, analista o comentarista. Se espera de él que entregue información que permita tomar decisiones (judiciarias, administrativas, políticas...). Por lo tanto contribuye al diseño de programas de desarrollo, de políticas públicas o de legislaciones internacionales (Bensa, Fassin, 2008). Cuando es llevado a conocer la condición de las poblaciones vulnerables, describir sus modos de vida o contar sus narraciones biográficas, a menudo lo hace apoyando y defendiendo los derechos de estas poblaciones. Deja entonces la arena universitaria, en el estricto sentido del término, para circular en arenas de acción colectiva o de acción pública.

Estas tensiones que hemos mencionado como parte de la práctica etnográfica parecen a primera vista insolubles. El investigador tiene que seguir con el proyecto científico que consiste en establecer hechos, documentar relaciones de causalidad, dibujar cartografías del mundo social, dar cuenta de situaciones sociales. Pero no estudia colonias de paramecios: una buena parte del sentido que hay que restituir mantiene una relación de préstamo distanciado o de diálogo reflexivo con los contextos de experiencia de los encuestados. A esta deuda se agrega otra: la etnografía no está encerrada en sí misma, sino que se dirige a públicos, más o menos concernidos, que van a hacer algo de ella – incluso auditorios de lectores que no son más que los mismos encuestados. Esta especie de Cinta de Moebius que Paul Ricœur llamaba « triple mimesis » (Ricœur, 1983) está entonces encerrada. Debemos asumir que no podemos alcanzar la simetría soñada por algunos de los investigadores y encuestados, puestos en un mismo nivel – así como lo indica el co- de la co-firma, promovida por perspectivas dialógicas, inspiradas de Mikhail Bakhtine (Todorov, 1981), o el de la co-participación, puesta en obra por los promotores de la democracia técnica. Debemos entonces tomar en cuenta las múltiples formulas de la sociología crítica o pública, de la antropología aplicada o implicada de las que se inspira hoy en día la investigación etnográfica. Es lo que hemos querido decir al elaborar la noción de “pragmatismo etnográfico” (Cefaï, 2010 : 447-472). “Se vuelve imposible disociar las actividades de investigación, publicación, vulgarización, experticia y evaluación, o en todo caso, estas actividades que no obedecen a las mismas reglas y que no tienen las mismas finalidades ni los mismos destinatarios, tienden a interrelacionarse. La reflexividad del trabajo de campo no puede ya satisfacerse con declaraciones de intención sobre la neutralidad axiológica, mal comprendida como imperativo de disociación absoluta de la ciencia y la política. Es cada vez más difícil pretender establecer hechos sin enfrentarse a otros procedimientos de factualización en vigor en el mundo social, los que benefician de credibilidad oficial y los que se proponen como perspectivas alternativas; y toda descripción es irremediabilmente portadora de problemas normativos, tanto por las estrategias de narración que adopta como por las estrategias de recepción que suscita. El etnógrafo se encuentra cada vez más en situaciones que hacen problemática la dialéctica del compromiso y de la distanciaci3n. Esto, sin embargo, no significa que haya que renunciar a ideas reguladoras de objetividad e imparcialidad, pero cada uno está restringido, en la práctica, a fenmendar la fórmula clásica y repensar en el contexto de una comunidad, en d3nde los encuestados tienen el derecho y el poder de transformarse ellos mismos en investigadores (Cefaï, 2010b : 592). Sin renunciar al potencial de la investigación científica, el etnógrafo experimenta nuevas formas de compromiso. Un compromiso en la investigación (*engagement dans l’enqu3te*) que no es sino lo que preconizaba el pragmatismo de John Dewey (1927).

## Bibliografía

Abu, L. L. (1991). Writing Against Culture. En R. G. Fox (ed.), *Recapturing Anthropology: Working in the Present* (pp. 137-162). Santa Fe: School of American Research Press.

Arborio, A.-M., Cohen, Y., Fournier, P., Hatzfeld, N., Lomba, C., Muller S. (eds.) (2008). *Observer le travail. Histoire, ethnographie, approches combinées*. Paris: La Découverte

Atkinson, P., Coffey, A., Delamont, S., Lofland, J., & Lofland, L. (2001). *Handbook of Ethnography*. Londres: Sage.

Atkinson, P. (1990). *The Ethnographic Imagination: Textual Constructions of Reality*. New York: Routledge.

Beaud, S., & Weber, F. (2009). Le raisonnement ethnographique. En S. Paugam (ed.), *L'Enquête sociologique*. Paris: PUF, 225-247.

Becker, H. (1970). *Sociological Work: Method and Substance*. Chicago: Aldine.

Becker, H., (1988). *Tricks of the Trade*. Chicago: University of Chicago Press.

Becker, H. (2009). *Trucos del oficio: cómo conducir su investigación en ciencias sociales*. Madrid: Siglo XXI.

Becker, H., & Geer, B. (1957). Participant Observation and Interviewing: A Comparison. *Human Organization*, 16, 28-34.

Bensa, A., Fassin, D. (eds.) (2009). *Les politiques de l'enquête. Épreuves ethnographiques*. Paris: La Découverte

Blumer, H. (1969). *Symbolic Interactionism*. Berkeley: University of California Press.

Bryant, A., Charmaz, K. (eds). (2007). *The SAGE Handbook of Grounded Theory*. Thousand Oaks: Sage.

Bulmer, M. (1984). *The Chicago School of Sociology: Institutionalization, Diversity, and the Rise of Sociological Research*. Chicago: University of Chicago Press.

Burawoy, M. (1979). *Manufacturing Consent*. Chicago: University of Chicago Press.

Burawoy, M. (1998). The Extended Case Method, *Sociological Theory*, 16 (1), pp. 4-33.

Burawoy, M. (2000). *Global Ethnography: Forces, Connections, and Imaginations in a Postmodern World*. Berkeley: University of California Press.

Burawoy, M. (2007). The Field of Sociology: Its Power and Its promise in Clawson et al. (eds.) *Public Sociology: Fifteen Eminent Sociologists Debate Politics and the Profession in the Twenty-First Century*. Berkeley: University of California Press, pp. 241-258.

Burawoy, M., Burton, A., Ferguson, A. A., & Fox, K. J. (1991). *Ethnography Unbound: Power and Resistance in the Modern Metropolis*. Berkeley: University of California Press.

Burawoy, M. (2003). Revisits: A Turn to Reflexive Anthropology, *American Sociological Review*, 68, pp. 645-679.

Cefai, D. & Gardella, E. (2012). Comment analyser une situation ? De Frame Analysis à Forms of Talk, in Perreau L., Cefai D. (eds), *Erving Goffman et l'ordre de l'interaction*. Paris: PUF, pp. 230-263.

Cefai, D. (2002). The Field Training Project: A Pioneer Experiment in Fieldwork Methods. *Antropolítica*, 25-76.

Cefai, D. (2006). Une perspective pragmatiste sur l'enquête de terrain. En P. Paillé (ed.), *La méthodologie qualitative* (pp. 33-62). Paris: Armand Colin.

Cefai, D. (2003). *L'Enquête de terrain*. Paris: La Découverte, 2003.

Cefai, D. (2009). Codifier l'engagement ethnographique ? Remarques sur le consentement éclairé, les codes d'éthique et les comités d'éthique, *La vie des idées*, 17 mars 2009 (<http://www.laviedesidees.fr/Codifier-l-engagement.html> )

Cefai, D. (2010). *L'Engagement ethnographique*. Paris: Éditions de l'École des hautes études en sciences sociales.

Cefai, D. (2010b). L'expérience ethnographique, l'enquête et ses publics, in D. Cefai, *L'Engagement ethnographique*, pp. 547-598.

Cefai, D. (2012b). Comment généralise-t-on ? Chronique d'une ethnographie de l'urgence sociale, in Desveaux E., Fornel M. de (eds), *Faire des sciences sociales. Généraliser*. Paris: Editions de l'EHESS, pp. 31-58.

Cefai, D., & Gardella, E. (2011). *L'Urgence sociale en action: Ethnographie du Samusocial de Paris*. Paris: La Découverte.

Cicourel, A. (1967). *The Social Organization of Juvenile Justice*. New York: Wiley.

Clifford, J. (1983). On Ethnographic Authority, Representations, Vol. 1 (2), pp. 118-146.

Colson, E. (1971). *The Social Consequences of Resettlement: The Impact of the Kariba Resettlement upon the Gwembe Tonga*. Institute for African Studies, University of Zambia: Manchester University Press.

Chapoulie, J.-M. (2001). *La tradition sociologique de Chicago 1892-1961*. Paris: Seuil.

Charmaz, K. (2001). Grounded Theory in Emerson R. M., *Contemporary Field Research: Perspectives and Formulations*. Prospect Heights, Ill.: Waveland, pp. 335-360.

Charmaz, K. (1996). The Epistemology of Qualitative Research. En R. Jessor, A. Colby, & R. Schweder (eds.), *Ethnography and Human Development: Context and Meaning in Social Inquiry*. Chicago: University of Chicago Press. 53-71.

- Chauvin, S. (2010). *Les agences de la précarité. Journaliers à Chicago*. Paris: Seuil.
- Desrosières, A. (1993). L'opposition entre deux modes d'enquête: monographie et statistique. En *Cahiers du Centre pour l'Emploi* (pp. 1-9). Paris: PUF.
- Dewey, J. (1927). *The Public and Its Problems*. New York: Henry Holt.
- Dewey, J. (1938). *Logic: The Theory of Inquiry*. New York: Holt, Rinehart and Winston.
- Drake, St C., & Cayton, H. (1945). *Black Metropolis: A Study of Negro Life in a Northern City*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Duneier, M. (1999). *Sidewalk*. New York: Farrar, Straus and Giroux.
- Emerson, R. (1969). *Judging Delinquents: Context and Process in Juvenile Court*. Chicago: Aldine.
- Emerson, R.M., Fretz, R. I., & Shaw, L. L. (1995). *Writing Ethnographic Fieldnotes*. Chicago: University of Chicago Press.
- Fabian, J. (1983). *Time and the Other: How Anthropology Makes its Object*. New York: Columbia University Press.
- Favret, J. (1990). Être affecté. *Gradhiva* 8, 3-9.
- Favret-Saada, J. (1977). *Les mots, la mort, les sorts. La sorcellerie dans le bocage*. Paris: Gallimard.
- Favret-Saada, J. (2009). *Désorceler*. Paris: Editions de l'Olivier.
- Favret-Saada, J., Contreras, J. (1981). *Corps pour corps. Enquête sur la sorcellerie dans le bocage*. Paris: Gallimard.
- Fine, G. A. (1995). *A Second Chicago School? The Development of a Postwar American Sociology*. Chicago: University of Chicago Press, 1995.
- Gadamer, H.-G. (1993). *Verdad y método*. Salamanca: Ediciones Sigueme.
- Garfinkel, H. (1967). *Studies in Ethnomethodology*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.
- Geertz, C. (1983). *Local Knowledge*. New York: Basic Books.
- Geertz, C. (1983). Thick Description: Toward an Interpretive Theory of Culture, in *The Interpretation of Cultures*. New York: Basic Books, pp. 3-30.
- Geertz, C., (1988). *Works and Lives: The Anthropologist as Author*. Stanford: Stanford University Press.
- Glaeser, A. (2010). Une ontologie pour l'analyse ethnographique des processus sociaux. Élargir l'étude de cas élargie. En D. Cefaï et al., *L'Engagement ethnographique*. Paris: Editions de l'EHESS.
- Glaeser, A., (2004). *Theory by Way of Ethnography , Perspectives*. Newsletter of the ASA Theory Section, Vol. 27 (1).



Glaser, B., Strauss, A. (1967). *The Discovery of Grounded Theory : Strategies for Qualitative Research*. New Brunswick (U.S.A.): Aldine (reed: Transaction).

Gluckman, M. (1958). *Analysis of a Social Situation in Modern Zululand*. Rhodes-Livingstone Institute: Manchester University Press.

Gluckman, M. (1940). The Kingdom of the Zulu of South Africa, in Fortes M., Evans-Pritchard E. E., (eds.), *African Political Systems*. London: Oxford University Press, pp. 25-55.

Goffman, E. (1963). *Behavior in Public Places*. New York: Free Press.

Goffman, E. (1963). *Stigma: Notes on the Management of Spoiled Identity*. New York: Simon and Schuster.

Goffman, E. (1983). The Interaction Order. *American Sociological Review* 48 (1), 1-17.

Gold, R. (1958). Roles in Sociological Field Observations. *Social Forces* 36 (3), 217-233.

Gusfield, J. (1981). *The Culture of Public Problems*. Chicago: University of Chicago.

Gusfield, J. (2000). *Performing Action: Artistry in Human Behavior and Social Research*. New Brunswick: Transaction.

Hannerz, U. (1980). *Exploring the City: Inquiries Towards an Urban Anthropology*. New York: Columbia University Press.

Hannerz, U. (1986). *Exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Hughes, E. C., Becker, H., Geer, B., & Strauss, A. (1961). *Boys in White: Student Culture in Medical School*. Chicago: University of Chicago Press.

Hughes, E. C. (1971). *The Sociological Eye*. Chicago: Aldine.

Jounin, N. (2009). *Chantier interdit au public. Enquête parmi les travailleurs du bâtiment*. Paris: La Découverte.

Jules-Rosette, B. (1975). *African Apostles: Ritual and Conversion in the Church of John Maranke*. Ithaca, NY: Cornell University Press.

Junker, B. (1960). *Field Work: An Introduction to the Social Sciences*. Chicago: University of Chicago Press.

Katz, J. (1999). *How Emotions Work*. Chicago: University of Chicago Press.

Katz, J. (2001). A Theory of Qualitative Methodology. En R. M. Emerson, *Contemporary Field Research: Perspectives and Formulations*. Prospect Heights, Ill.: Waveland.

Katz, J. (1983). A Theory of Qualitative Methodology: The Social System of Analytic Fieldwork (nueva versión), in Emerson R. M. (ed.), *Contemporary Field Research: A Collection of Readings*. Boston: Little, Brown, pp. 127-148.

- Katz, J. (2001). Analytic Induction, in Smelser N. J., Baltes P. B. (eds.), *International Encyclopedia of the Social and Behavioral Sciences*, Amsterdam, Elsevier, vol. 17, pp. 480-484.
- Katz, J. (2001). From How to Why: Luminous Description and Causal Inference in Ethnography (Part I), *Ethnography*, Vol. 2 (4), pp. 443-473.
- Katz, J. (2002) From How to Why: Luminous Description and Causal Inference in Ethnography (Part II), *Ethnography*, Vol. 3 (1), pp. 63-90.
- Latour, B., & Woolgar, S. (1986). *Laboratory Life: The Construction of Scientific Facts*. Princeton: Princeton University Press.
- Lofland, J., Snow D., Anderson L., Lofland L. (1994). *Analyzing Social Settings: A Guide to Qualitative Observation and Analysis*. Belmont: Wadsworth.
- Lynd, R. S. (1929). *Middletown: A Study in American Contemporary Culture*. New York: Harcourt, Brace and Co.
- Malinowski, B. (1922). *Argonauts of the Western Pacific : An Account of Native Enterprise and Adventure in the Archipelagoes of Melanesian New Guinea*. London: Routledge.
- Malinowski, B. (1967). *A Diary in the Strict Sense of the Term*. New York: Harcourt, Brace & World.
- Marcus, G. E. (1995). Ethnography In/ Of the World System: The Emergence of Multi-Sited Ethnography. *Annual Review of Anthropology* 24, 95-117.
- Marcus, G., Clifford, J. (eds.) (1986). *Writing Culture*. Berkeley: University of Berkeley Press.
- Marcus, G. (1995). Ethnography In/ Of the World System: The Emergence of Multi-Sited Ethnography. *Annual Review of Anthropology*, 24, pp. 95-117.
- Mead, G. H. (1934). *Mind, Self, and Society*. Chicago: University of Chicago Press.
- Moore, S. F. (1987). Explaining the Present: Theoretical Dilemmas in Processual Ethnography, *American Ethnologist*, 14 (4), pp. 727-736.
- O'Connor, E. (2005). Embodied Knowledge: The Experience of Meaning and the Struggle Towards Proficiency in Glassblowing. *Ethnography* 6 (2), 183-204.
- Péneff, J. (1995). Mesure et contrôle des observations dans le travail de terrain. L'exemple des professions de service. *Sociétés Contemporaines* 21, 119-138.
- Péneff, J. (2009). *Le goût de l'observation*. Paris: La Découverte.
- Revel, J. (ed.) (1996). *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*. Paris: Gallimard-Le Seuil.
- Ricœur, P. (1983). *Temps et récit*, vol. 1. Paris: Seuil.
- Roth, J. (1963). *Timetables: Structuring the Passage of Time in Hospital Treatment and Other Careers*. Indianapolis: Bobbs-Merrill.

- Roy, D. (2006). *Un sociologue à l'usine*, Chapoulie J. M., Briand J.-P. (eds.). Paris: La Découverte.
- Sanjek, R. (eds.) (1990). *Fieldnotes: The Makings of Anthropology*. Ithaca: Cornell University Press.
- Schumaker, L. (2001). *Africanizing Anthropology: Fieldwork, Networks, and the Making of Cultural Knowledge in Central Africa*. Durham: Duke University Press.
- Schütz, A. (1961). *Common-Sense and Scientific Interpretation of Human Action*. in *Collected Papers I: The Problem of Social Reality*, M.A. Natanson & H. L. van Breda (eds). Den Haag: Martinus Nijhoff.
- Stocking, G. (1983). *Observers Observed: Essays on Ethnographic Fieldwork*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Strauss, A. (1987). *Qualitative Analysis for Social Scientists*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Strauss, A., Glaser, B. (1965). *Awareness of Dying*. Chicago: Aldine.
- Todorov, T. (1981). *Michael Bakhtine. Le principe dialogique*. Paris: Seuil
- Van Velsen, J. (1967). *The Extended Case Method and Situational Analysis*, in Epstein A. I. (ed.), *The Craft of Urban Anthropology*. London: Tavistock, pp. 29-53.
- Vidich, A., & Bensman, J. (1964.). *Reflections on Community Studies*. New York: John Wiley and Sons.
- Wacquant, L. (2004). *Body & Soul: Notebooks of an Apprentice Boxer*. New York: Oxford University Press.
- Warner, W. L., J. O. Low, Paul S. Lunt, Leo Srole, (1963). *Yankee City*. New Haven: Yale University Press.
- Werbner, R. P. (1984). *The Manchester School in South-Central Africa*, *Annual Review of Anthropology*, 13, pp. 157-185.
- Whyte, W. F. (1955). *Street Corner Society: The Social Structure of an Italian Slum (1943)*. Chicago: University of Chicago Press.
- Wieder, D. L. (1974). *Language and Social Reality: The Case of Telling the Convict Code*. Den Haag: Mouton.
- Zorbaugh, H. W. (1983). *The Gold Coast and the Slum: A Sociological Study of Chicago's Near North Side*. Chicago: University of Chicago Press.